

El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923)

**The Protectorate, the Hispanic-Moroccan campaigns
and the public opinion (1902-1923)**

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Resumen: El objetivo del presente trabajo es doble. Por un lado, se efectuará un análisis de las opiniones vertidas en algunos rotativos españoles de gran tirada (fundamentalmente, editados en Madrid y Barcelona) al hilo de las campañas militares de Marruecos. Por otro lado, y de manera indirecta, se procurará conocer, a sabiendas de la vinculación entre opinión publicada y pública, la respuesta de esta última ante tan controvertido conflicto, dedicando particular atención al desarrollo de los sucesos en 1909 y 1921. El desastre en el Barranco del Lobo y el posterior, también más dramático, en el enclave de Annual, marcan los momentos álgidos de esta contienda. Su final no se hará realidad hasta el desembarco hispano-francés de Alhucemas. No sorprende que las guerras de Marruecos, con este carácter intermitente y tan sangriento, movilizaran a la opinión pública española hasta extremos insospechados. Ahora bien, como se verá, la opinión pública fue, lo sigue siendo, un sujeto histórico de carácter vidrioso, maleable y útil en la gestión de la política exterior. Se desea además, para terminar, reparar en la importancia de la prensa como instrumento al servicio del historiador. Los periódicos son siempre una fuente histórica preciosa, repletos de matices discursivos. En último caso, se pretende mostrar algunos de los procedimientos empleados por las principales cabeceras nacionales para informar y persuadir (a veces) de la conveniencia de permanecer en el Sultanato.

Palabras clave: Protectorado, opinión pública, propaganda, Annual, concienciación política

Abstract: The aims of the present essay are two-fold: on the one side, to analyse the opinions published in several widely-circulated Spanish newspapers (mostly from Madrid and Barcelona) informing about the Spanish military campaigns in Morocco. On the other, and indirectly, it seeks to show —considering the link between published and public opinion— the response of the latter to such a controversial conflict, paying particular attention to the events of 1909 and 1921. The Barranco del Lobo disaster and the more dramatic one of Annual mark the highlights of the conflict, though it would not truly end until the Spanish-French landing in Alhucemas. It is not surprising that the Rif War, given its intermittent and bloody character, mobilized Spanish public opinion to unsuspected extremes. Despite this, as will be seen, public opinion was, and continues to be, a historical subject of polyhedral character, malleable and useful in the management of foreign policy. It is also intended to stress the importance of the press as an instrument at the service of historians: newspapers are, as a rule, a precious historical source, rich in discursive distinctions. Finally, it is intended to show some of the methods used by the main Spanish newspapers to inform and persuade (in some cases) the public of the convenience of remaining in the Sultanate.

Keywords: Protectorate, public opinion, propaganda, Annual, political awareness

Para citar este artículo: María GAJATE BAJO: “El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 82-103.

Recibido 25/10/2018

Aceptado 21/04/2019

El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923)

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Introducción

Las relaciones entre la Península Ibérica y el Magreb han estado jalonadas por muchos altercados, ya que el dominio hispano sobre varias plazas en las costas del Rif (Melilla, Vélez de la Gomera, Ceuta, etc.) motivó frecuentes incidentes fronterizos. Desde mediados del siglo XIX, estos encontronazos se agravaron. Por un lado, la Unión Liberal decidió entonces emular la agresiva política de Francia en tierras argelinas y se llegó así a la conocida como Guerra de África (1859-1860), escarapate del patriotismo más vocinglero. Por otro lado, y después de los desastres de Santiago y Cavite, en un contexto de irrefrenable efervescencia colonial, Marruecos se convirtió en la pieza clave para la consecución de la soñada regeneración nacional.

Ahora bien, aunque legitimada por la Conferencia de Algeciras, España logró a duras penas asentarse al sur de Tarifa. Conservadores y liberales siempre actuaron bajo la coacción de la alta política europea y de la voluble opinión pública nacional. Así las cosas, el tropiezo en el Barranco del Lobo, en 1909, reabrió viejas heridas entre el gobierno, el ejército y el pueblo; y transcurrida una década, en 1921 el país se vio otra vez sacudido por las noticias sobre lo ocurrido en Annual.

Entre ambas fechas, las tropas españolas habían alcanzado, si atendemos a las palabras del coronel Morales, su límite de elasticidad en el Protectorado.¹ Creado oficialmente en 1912 –procurar el entendimiento con Francia resultó una ardua labor–, los oficiales africanistas monopolizaron tempranamente sus órganos de gestión. Muchos, en efecto, contemplaron Marruecos como el escenario para lograr meteóricas carreras, reconocidas con sonoros ascensos. No obstante, una vez finalizada la Gran Guerra, tiempo de coqueteos con los alemanes y de vacilaciones ante el jerife El Raisuni, la

¹ “Informe reservado del coronel Morales al general Silvestre”, en Julio REPOLLÉS DE ZALLAS y Arturo GARCÍA AGUD (dirs.): *Historia de las campañas de Marruecos*, Vol. 3, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1981, pp. 619-623.

reactivación de las operaciones militares también pondría al descubierto las lacras de la institución castrense, macrocefálica y anquilosada. La opinión pública española, cada vez más consciente de todo ello, difícilmente permanecería impávida ante los dramáticos episodios de Annual y Monte Arruit.

Algunas precisiones sobre la opinión pública y sobre la Ley de Imprenta de 1883

El estudio de la opinión pública había merecido una limitada atención entre los historiadores hasta hace pocas décadas. Quizás por la incomodidad que experimentan ante el enorme corpus teórico existente sobre la materia. O, tal vez, porque el grado de abstracción imperante en muchas de las publicaciones parece desconcertante para los que no estamos familiarizados con el área de la Comunicación Política.² Sea como fuere, este desinterés historiográfico se va poco a poco corrigiendo y es comúnmente aceptado que el análisis de la opinión publicada, en conjunción con otras fuentes, se convierte en una vía de aproximación a la opinión pública. Imperfecto y laborioso es este camino, pero de resultados provechosos.

El repaso de las manifestaciones populares ante las contiendas, asunto de enorme trascendencia, excede, no obstante, a los propósitos de este trabajo. En buena medida, porque el tema ha sido ya abordado por otros investigadores.³ En parte también, por el considerable valor que se atribuye aquí a los periódicos como “faros” de la opinión pública. La prensa, desde esta perspectiva, se convierte en el más destacado vehículo propagandístico del momento, herramienta fundamental para generar sintonía entre gobernantes y gobernados, además de constituir una fuente preciosa para el investigador.⁴ Ahondando en sus mecanismos de funcionamiento, sabemos, desde luego, que solo desde la pluralidad de pensamientos y la posibilidad real de comparar y contrastar pareceres, puede existir una opinión pública responsable. Sin embargo, más habitual es que se produzca un choque entre Poder y ciudadanía cuando alguien ignora lo que tiene derecho a saber porque las autoridades de turno equivocan, confunden, manipulan u ocultan hechos con el pretexto de proteger a la sociedad. Para las cues-

² Sirva de ejemplo Virginia GARCÍA BEAUDOUX y Orlando D'ADAMO-FLAVIA: “Opinión pública y comunicación: El doble flujo de la comunicación política”, *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 7 (1999), pp. 136-146.

³ Esta afirmación puede sustentarse en la amplísima producción bibliográfica de Eloy Martín Corrales; también en la obra clásica de Andrée BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988; y en los estudios locales de una amplia nómina de historiadores (Luis Arias González, Enrique Cerro Aguilar, Alfonso Bermúdez Mombiola, José León Rojas, etc.).

⁴ María GAJATE BAJO: “Prensa y Opinión Pública. Un reto para el investigador”, en Alejandra IBARRA (ed.), *No es país para jóvenes. Actas del III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea*, Vitoria, Valentín de Foronda, 2012 (en soporte CD).

tiones de Estado, las relaciones internacionales, la defensa de intereses comerciales o industriales, etc. los gobiernos acostumbran a mostrarse muy prudentes.⁵ Justifican la desinformación y la censura impidiendo la existencia de esa deseable opinión pública responsable.

Igualmente, sabemos que se diferencian cuatro fases en el proceso de construcción de un imaginario de la realidad: la selección de la información, primera, que corre a cargo del periodista y del jefe de redacción. Si bien rigen muchas veces criterios puramente profesionales, es verdad que los medios otorgan prioridad a los fenómenos a gran escala, sorprendidos y claros; la interpretación de la noticia, desde la premisa de que los *mass media* no constituyen un espejo de la realidad, sino que ofertan versiones de la misma. La forma y el tono empleados, dicho sea de paso, así como la ubicación de la noticia, condicionan profundamente la atención del lector; la difusión de la información, en tercer lugar, para establecer unas coordenadas ambientales o clima de opinión. En este sentido, gozan de considerable credibilidad las voces con mucha autoridad intelectual y conviene también saber que el “martilleo” ideológico ejerce el efecto opuesto al de los vaivenes de criterio; y, por último, este proceso finaliza cuando el individuo asimila los estímulos informativos y opiniones, pasando a formar parte de su propio conocimiento del mundo.⁶ Habrá ocasión de ver esos contrastes de tono y casos de martilleo en las siguientes páginas.

Los individuos, por último, no conocen y digieren las noticias en solitario, sino que participan de marcos potenciales de comunicación, haciendo que la sociedad de masas no sea tan desestructurada como a priori se cree.⁷ Importan la familia, los amigos, el ámbito de las relaciones laborales, la sensibilidad ante los “estrategas de café”, el mundo intelectual, etc.⁸ Las relaciones interpersonales, en definitiva, adquieren una enorme significación en la Comunicación Política como amplificadoras de los mensajes vertidos en los periódicos. La figura del “estratega de café”, sin ser relevante aquí, resulta particularmente interesante en un contexto de analfabetismo rampante, donde

⁵ Pedro PASCUAL MARTÍNEZ: *Escritores y editores en la Restauración Canovista*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1992, pp. 72-73.

⁶ José Luis DADER GARCÍA: *El periodista en el espacio público*, Barcelona, Bosch, 1992, p. 139; sobre estas fases, consúltese Inmaculada SZMOLKA: “Marruecos en la prensa española”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (coords.), *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes. Un balance en el cincuentenario de la independencia de Marruecos*, Madrid, Ediciones del Oriente y de Mediterráneo, 2007, pp. 433-439.

⁷ Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA y Guillermo PÉREZ SÁNCHEZ: “Opinión pública y medios de comunicación” en José Carlos PEREIRA (coord.), *La política exterior de España (1800-2003): historia, condicionantes y escenarios*. Barcelona: Ariel, 2003, pp. 153-168; la misma idea, desde la teoría de *Two-Step Flow*, en Karl DEUTSCH: *El análisis de las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Paidós, 1970.

⁸ El posicionamiento de los intelectuales ha sido tratado por Andrée BACHOU, Paul AUBERT, Bernabé GARCÍA LÓPEZ, Alhoucine BOUZALMATE o, más recientemente y en esta revista, por Alfonso IGLESIAS AMORÍN.

los periódicos sobre todo se leían: como pequeños líderes de opinión, servían de puente entre tertulios y *mass media* al tiempo que, previsiblemente, reelaboraban las informaciones.

Junto a estos marcos de comunicación, con los que el historiador debe familiarizarse, importa conocer asimismo el marco legal regulador del derecho a la libertad de expresión. Durante la Restauración, para ir concretando, la Ley de Imprenta de 26 de julio de 1883 sirvió para desarrollar el artículo 13 de la Constitución de 1876 y supuso todo un triunfo para el Partido Liberal, después de que Cánovas sometiese a la prensa a una verdadera dictadura (los libros preocuparon menos en las esferas gubernamentales por su escasa circulación). Se reglamentaron ahora dos mecanismos de represión de las publicaciones: la censura previa, asumida por los gobiernos civiles y que únicamente podía establecerse cuando las garantías constitucionales se hallaban suspendidas; y la represión de textos a posteriori, cuando ya la publicación había salido a la calle y era objeto de una denuncia.⁹

Sin embargo, más habitual que la suspensión de garantías –veintitrés veces entre 1898 y 1923– o que la más descarada censura, y también más eficiente, resultó el envío de circulares aleccionadoras a los directores de periódico. Y, más criticable, la interrupción de las comunicaciones telegráficas o telefónicas, medida orquestada desde Gobernación con la complicidad de la Dirección General de Correos.¹⁰

En el modelaje de la opinión pública, junto con la censura, también la propaganda desempeñó un papel transcendental porque el apoyo de la población resulta imprescindible de cara a cualquier aventura en el exterior.¹¹ La propaganda es a la democracia lo que el garrote a los mandatos autoritarios. En primer término, permite que la masa se comporte como un inofensivo espectador, la adormece.¹² Aunque, ciertamente, las penurias que la guerra africana acarreó no pudieron ser silenciadas por completo, sí se logró en buena medida imponer una imagen monstruosa del enemigo y se pudo, con esfuerzo, altas dosis de sentimentalismo y manipulando la historia, limitar el impacto del discurso anticolonial en la metrópoli.¹³ O al menos entre los votantes

⁹ Juan Francisco FUENTES y Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: *Historia del periodismo español. Prensa, política y opinión pública en la España Contemporánea*, Madrid, Síntesis, 1997, pp. 137-139.

¹⁰ Celso ALMUIÑA: “Prensa y Poder en la España contemporánea”, *Investigaciones Históricas*, 1 (1979), pp. 297-323; José Antonio VALLE: “La censura gubernativa de prensa en España (1914-1931)”, *Revista de Estudios Políticos*, 21 (1981), pp. 73-126; y también, Francesc A. MARTÍNEZ y Antonio LAGUNA: “Comunicación, propaganda y censura en la guerra hispano-marroquí (1906-1923)”, *Comunicación y Sociedad*, 27:3 (2014), pp. 43-63.

¹¹ Luis Miguel ENCISO RECIO et al.: *Propaganda y opinión pública en la historia* Valladolid: Universidad de Valladolid, 2007, pp. 97-101.

¹² Alejandro PIZARROSO QUINTERO: “Propaganda y propaganda de guerra” en VVAA, *Propaganda en guerra*, Salamanca, Consorcio Salamanca, 2002.

¹³ Walter LIPPMANN: *La opinión pública*, Langre, Madrid, 2003. La primera edición es de 1922.

de las principales capitales de provincia. Los habitantes rurales preocuparon menos en tanto permanecieron sometidos al fuerte yugo del cacique. También fueron reprobados, claro está, los comentarios insidiosos procedentes de otros países –Francia, ante todo– acerca de la labor colonizadora de España.¹⁴ En un segundo plano, la propaganda se necesitó frente a los colonizados. Para persuadirlos de las ventajas del nuevo sistema de gobierno, profesores y, más aún, médicos desempeñaron una importante labor.¹⁵ Aunque casi siempre les precedió la fuerza bruta.

Los inicios de la aventura africana

Antes del verano de 1909, Marruecos apenas acaparó la atención de los reporteros y de los españoles, por extensión. No obstante, un intenso y enrevesado juego diplomático se desarrollaba entre bambalinas, filtrándose en las páginas de la prensa únicamente los movimientos más sorprendidos. En 1902 no llegaron a cuajar las negociaciones para firmar un tratado con Francia con el propósito de repartir zonas de influencia en el Sultanato. Aunque *El Socialista*, órgano de expresión del PSOE bajo la dirección de Iglesias y con fuerte calado social, guardó silencio sobre el asunto, *El Imparcial* – propiedad de la familia Gasset y con marcadísima tendencia liberal– sí se hizo eco de los juicios de Silvela, reproduciendo con cierta tardanza algunas de sus declaraciones sobre las renacidas ilusiones de grandeza imperial:¹⁶ «No son populares. No son simpáticas a la nación».¹⁷ *La Época*, en cambio, esperó dos años para justificar el proceder del político conservador. La negativa al tratado con Francia, confesaba el órgano maurista, obedecía a razones patrióticas. Entiéndase, miedo a una confrontación con Inglaterra.¹⁸ En las mismas fechas, el canalejista *Heraldo de Madrid* también aclaró que los conservadores rechazaron la firma de un convenio gestado por iniciativa liberal.¹⁹ Finalmente, y todavía más a la izquierda, el republicano *El País* se alegró de la retirada española pues no concebía un entendimiento con Francia ni Gran Bretaña.²⁰

¹⁴ Para una visión panorámica del periodismo de guerra, consúltese Antonio GARCÍA PALOMARES: *El origen del periodismo de guerra actual en España: el análisis de los corresponsales en el conflicto del norte de África entre 1893 y 1925*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2014.

¹⁵ Francisco Javier MARTÍNEZ e Irene GONZÁLEZ (coords.): *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011.

¹⁶ Sobre el mundo periodístico del periodo, M^a Cruz SEOANE y M^a Dolores SÁIZ: *Historia del periodismo en España. El siglo XX: 1898-1936*, Alianza, Madrid, 1996, pp.23-68.

¹⁷ “Información política”, *El Imparcial*, 18 de septiembre de 1903.

¹⁸ Francisco SILVELA: “Una carta del señor Silvela”, *La Época*, 11 de junio de 1904.

¹⁹ “Continúa el enigma”, *Heraldo de Madrid*, 10 de junio de 1904.

²⁰ “Un tratado y una carta”, *El País*, 12 de junio de 1904.

Las entrevistas con Francia llegaron a buen puerto, esta vez sí, en 1904. Franceses e ingleses habían sellado ya, en abril, el nacimiento de la *Entente Cordiale*, un acuerdo que levantó ampollas entre la prensa española. Así ocurrió, por ejemplo, con *El País* o *El Liberal*, otra publicación afín al republicanismo.²¹ *La Época* defendió, al contrario, que aquí residía una garantía de paz para Europa.²² En octubre de 1904, por fin, Maura aceptó un compromiso con Francia que quizás arrastrase a España al campo de batalla. En el largo plazo, la abstención hispana probablemente habría acarreado la renuncia a las plazas soberanas en territorio africano; en el corto, no obstante, se transigía con la política gala de hechos consumados. Por eso, las grandes cabeceras patrias, con la salvedad del *La Vanguardia*,²³ hicieron gala de una actitud recelosa. *El Liberal*, por ejemplo, reclamó más información.²⁴ También *El País* cargó contra el ejecutivo porque «aunque León y Castillo fuese un Tayllerand, que no lo es ni muchísimo menos, este convenio nos espantaría».²⁵ En el pasado, cuando España quiso actuar contra El Rogui, fue frenada por el gobierno francés. Ahora, sin embargo, París tomaba la delantera en el juego diplomático, exhibiendo mucha menos generosidad – recortes territoriales– que en 1902. *El Socialista*, por su parte, denunció la propagación de un ambiente subversivo a lo largo y ancho del imperio jerifiano.²⁶

De día en día, Marruecos se descomponía y al “trompetazo” de Tánger, primer gesto de fuerza del káiser en el continente africano, le siguió la Conferencia de Algeciras. España actuaría –al menos esto es lo que sospechaba– nuevamente como comparsa de Francia y así lo reconocía *La Vanguardia*: «Antes fuimos el país de ‘pan y toros’; ahora no pasamos de ser el país de ‘pan y migajas’».²⁷ El mismo tono apesadumbrado compartía *El Imparcial*.²⁸ Más condescendientes, sin embargo, se mostraron otros medios afines al Partido Liberal. Arrojando pelillos a la mar, ahora *El Liberal* secundaba sin reparos a Francia, consciente de que el aislamiento no constituía una opción viable para España.²⁹

Efectivamente, esta reunión fortalecería los vínculos con la Entente y posicionamientos similares se apreciaron en las páginas de *Heraldo de Madrid*,³⁰ convencido

²¹ “La exclusión de España”, *El País*, 23 de abril de 1904; Gutiérrez SOBRAL: “El protectorado de Francia en Marruecos”, *El Liberal*, 12 de abril de 1904. *El Liberal* se fundó en 1879, a partir de una escisión de *El Imparcial*.

²² “El convenio anglo-francés”, *La Época*, 9 de abril de 1904.

²³ “Convenio sobre Marruecos”, *La Vanguardia*, 4 de octubre de 1904.

²⁴ “El acuerdo franco-español”, *El Liberal*, 4 de octubre de 1904.

²⁵ “Un convenio y una inconveniencia”, *El País*, 6 de octubre de 1904.

²⁶ “La semana burguesa”, *El Socialista*, 28 de octubre de 1904.

²⁷ FIVALLER: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 29 de diciembre de 1905.

²⁸ “Dudas y temores”, *El Imparcial*, 9 de enero de 1906.

²⁹ “Proyectos anglo-ibéricos”, *El Liberal*, 20 de julio de 1906.

³⁰ “La obra futura”, *Heraldo de Madrid*, 8 de abril de 1906.

de que los derechos españoles sobre Marruecos se iban afianzando, y en *El Imparcial*.³¹ *La Vanguardia* en esta tesitura suavizaba el tono y no disimulaba su euforia ante “la ocasión de poder remediar en algo los funestos efectos de pasadas indolencias”.³² *El Socialista*, permanente verso suelto de esta historia, destacó la vocación conquistadora del encuentro internacional,³³ al tiempo que celebró el final del “soporífero” intercambio de puntos de vista.³⁴ El rotativo de Luca de Tena, por último, también se mostró pesimista. Pero por otras razones. De una parte, denunció la marginación de los representantes del pueblo marroquí: «No sirve de nada contar con la voluntad de uno que se llama soberano, si o se está de acuerdo con el otro soberano, el soberano pueblo». ³⁵ De otro lado, lamentó el ambiente de indiferencia en España.³⁶ En el fondo, no debe perderse de vista, *ABC* esquivaba cualquier aplauso a los liberales.

A raíz de las protestas en Casablanca contra los franceses, en 1907 y quizás por vez primera, muchos empezaron a tomar verdadera conciencia de los costes de la penetración colonial. Fue el caso de *El Imparcial* y *ABC*, muy contundentes ante la agresividad gala;³⁷ el pánico, en cambio, cundió entre los redactores de *El Liberal*: «España, si en efecto toma parte en la empresa, se convertirá en una Celestina vulgar, que no actúa de aliada, sino de encubridora». ³⁸ Menos alarmada se mostró *La Vanguardia*, convencida tempranamente de que el Gobierno maurista se encaminaba a una intervención militar en Marruecos.³⁹

Poco tiempo después, de hecho, a comienzos de 1908 y pretextando la necesidad de salvaguardar el orden, se inició la ocupación de la costa marroquí con las tomas de La Restinga y Cabo de Agua, en las proximidades de Melilla. El gobernador militar de esta plaza, el general Marina, frenaba así el intento francés de abrir en la zona una fábrica de armas, con la previa autorización de El Rogui. Casi inadvertidas ambas operaciones, solo *El Socialista* previno de que «por la forma en que se ha hecho, ha sido meter la mano en el avispero». ⁴⁰

³¹ “España en Marruecos”, *El Imparcial*, 20 de marzo de 1906.

³² Tulio: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 5 de abril de 1906.

³³ “La semana burguesa”, *El Socialista*, 19 de enero de 1906.

³⁴ “La semana burguesa”, *El Socialista*, 6 de abril de 1906.

³⁵ Guillermo SÁNCHEZ CABEZA: “Ante la Conferencia”, *ABC*, 7 de enero de 1906.

³⁶ “Ante la Conferencia”, *ABC*, 9 de enero de 1906.

³⁷ “Energías necesarias”, *El Imparcial*, 01 de agosto de 1907; Felipe ÓVILO: “Los sucesos de Casablanca”, *ABC*, 4 de agosto de 1907.

³⁸ “La intervención”, *El Liberal*, 3 de agosto de 1907.

³⁹ C.C: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 4 de agosto de 1907.

⁴⁰ “La mano en el avispero”, *El Socialista*, 21 de febrero de 1908.

Marruecos en el punto de mira: 1909, el desastre en el barranco del Lobo

La campaña militar de 1909 marcó un punto de inflexión en el devenir de los asuntos marroquíes, pues el “avispero” coparía muchas primeras planas a partir de entonces. Como telón de fondo, España y Francia rivalizaban por posesionarse de unas ricas minas de hierro en las cercanías de Melilla. Sin embargo, esta carrera pasó bastante desapercibida ante el revuelo producido, el 9 de julio, con motivo de una agresión cabileña sobre unos trabajadores españoles. Marina contraatacó y, desatadas las hostilidades, Maura incurrió en el error de no procurar el respaldo de la opinión al escudarse exclusivamente en el empleo de la censura. El Trust y otros órganos de la izquierda no desperdiciarían la ocasión para desacreditar al político mallorquín, sobre todo, con motivo de la ejecución de Ferrer y Guardia.

En esta ocasión, la prensa no tuvo grandes dificultades para hallar a los responsables de lo ocurrido en Marruecos. Así, como portavoz del Comité del PSOE y antes del inicio de la campaña, ya *El Socialista* advirtió de los peligros del militarismo: «Lo que les falta ahora, un caudillo capaz de sobreponerse a los hombres civiles, lo tendrán entonces, porque es África sitio adecuado para la conquista de laureles». ⁴¹ El rotativo obrero denunciaba, además, que eran poderosos los intereses mineros en la región y contemplaba Marruecos con resignación, ⁴² como un callejón sin salida. Su único alivio, la decisión conservadora de suprimir la redención en metálico durante la campaña – medida reclamada reiteradamente por Pablo Iglesias –, llegaría tarde. ⁴³

El Liberal censuró también la avaricia de las compañías mineras, mientras que Leopoldo Romeo, abundando en ello, publicó en *La Correspondencia de España* uno de los editoriales más reproducidos de este convulso año, aquel que acaba con su cruda sentencia: “Mil veces más peligroso que no ir a Marruecos será ir. ⁴⁴ En verdad, un día antes, el Real Decreto de 11 de julio, llamando a la movilización de los reservistas, sirvió como desencadenante de la Semana Trágica, con epicentro en Barcelona. Junto a la obligación de separarse de sus familias, el injusto sistema de reclutamiento generaba un fuerte rechazo entre los mozos. Las protestas, por tanto, no se hicieron esperar y, si bien en Madrid fueron acalladas, en la capital catalana se impuso el caos. ⁴⁵

Militarismo, avaricia minera e injusticia social integraban, consecuentemente, un cóctel de digestión pesada. Añádase que la solicitud de un crédito extraordinario,

⁴¹ “Contra la guerra”, *El Socialista*, 2 de julio de 1909.

⁴² “Los responsables”, *El Socialista*, 16 de julio de 1909.

⁴³ “Algo es algo”, *El Socialista*, 13 de agosto de 1909.

⁴⁴ Leopoldo ROMEO: “Ir a Marruecos es la revolución”, *La Correspondencia de España*, 12 de julio de 1909.

⁴⁵ Josep PICH MITJANA: “La Revolución de julio de 1909”, *Hispania*, 75: 249 (2015), pp. 173-206.

antes de haberse registrado el ataque cabileño con víctimas mortales, ya había despertado la lógica ansiedad entre el público;⁴⁶ además, la reanudación de los trabajos mineros, en un contexto de tanta inseguridad como el melillense, constituyó una absoluta irresponsabilidad gubernamental. Hasta el punto de que, en una publicación tan dócil como *La Vanguardia*, se afirmaba:

Los enemigos jurados de los gobiernos aprovechan los estados de opinión más señalados para promover algaradas y perturbaciones: pero no basta que tales elementos malsanos se pongan del lado de una causa para que esta sea por ello injusta. Y es esto algo que hay que estudiar: cómo piensa el país y si el país tiene razón [...] Medir este entusiasmo y este apoyo de la nación es la primera obligación del gobierno en el conflicto presente.⁴⁷

Con un tono muy distinto, *El Imparcial* disculpó la movilización de reservistas. No faltó un superficial lamento ante la injusticia legal;⁴⁸ pero, aun así, se dejó arrastrar por la atmósfera belicosa imperante.⁴⁹ Tampoco escatimaron censuras ni para los socialistas ni para el ejecutivo.⁵⁰ Sobre todo, porque Antonio Maura «No buscó el contacto con la opinión». Negar la existencia de la guerra, obviamente, chocaba con la simultánea movilización de una gran tropa. Por otro lado, si el origen de esta movilización fue el asesinato de unos trabajadores mineros, se deducía que el gobierno estaba defendiendo en el Rif los intereses de algunos capitalistas. Para terminar, el error más garrafal de los conservadores fue su despreocupación por convencer a la opinión pública de todo su proceder. Algo de lo que extraerían lecciones para el futuro.

La actitud de *La Vanguardia* resultó, globalmente, la más complaciente, respaldando permanentemente la necesidad de una eufemística “acción de policía”.⁵¹ En esta redacción, sin embargo, criticaban que Maura parecía marchar a remolque de Francia.⁵² Se reclamaba más agresividad, petición compartida con *ABC*. O dicho con otras palabras, «responder con golpes dados a golpes recibidos».⁵³

⁴⁶ José Manuel ALLENDESALAZAR: *La diplomacia española y Marruecos, 1907-1909*, Madrid, MAE y Agencia Española de Cooperación Internacional, 1990, p.225.

⁴⁷ Emilio SÁNCHEZ PASTOR: “La vida política”, *La Vanguardia*, 25 de julio de 1909.

⁴⁸ “Las familias de los reservistas”, *El Imparcial*, 18 de julio de 1909.

⁴⁹ “Ante los combates de Melilla. Los comentarios públicos”, *El Imparcial*, 20 de julio de 1909.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ C. C.: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 18 de julio de 1909.

⁵² C. C.: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 15 de julio de 1909.

⁵³ “Impresiones sobre la campaña”, *ABC*, 24 de julio de 1909.

Desde el 20 de julio, los ataques rifeños se aproximaron al perímetro de Melilla. Tras una primera emboscada en el barranco de Alfer, el 27 de julio la brigada de Cazadores de Madrid, mandada por el general Pintos, fue aniquilada en el barranco del Lobo y se contabilizaron 752 bajas. *El Imparcial* de inmediato lanzó sus dardos contra Maura: «Ha llevado al país a la guerra sin que la opinión estuviese preparada, y no podía estarlo sin la acción de los periódicos». ⁵⁴ Todavía más incisivas serían las palabras de *El Socialista*, que recriminaba al mallorquín un carácter torpe. ⁵⁵

Tan pronto como se inició el curso parlamentario, los acontecimientos se precipitaron. En la sesión del 20 de octubre, el ministro de Hacienda, González Besada, leyó un nuevo proyecto de ley de créditos que urgentemente debían cubrir los gastos del Rif. Pero el liberal Segismundo Moret optó por redirigir el debate hacia el caso Ferrer. La Cierva y Miguel Moya se enzarzaron y, acto seguido, la sesión terminó cuando las minorías liberal y demócrata decidieron abandonar la cámara porque La Cierva responsabilizó también a Moret del atentado contra los reyes en la Calle Mayor. Desde este instante, los liberales acordaron bloquear la aprobación del proyecto de ley de financiación de la guerra. ⁵⁶

Al día siguiente, Maura se dispuso a presentar su dimisión ante el rey. Pero para su sorpresa, Alfonso XIII tomó la delantera y, sin permitirle justificarse, le agradeció los servicios prestados. Ante todo, fue un movimiento de la opinión pública internacional el que impulsó al monarca a actuar así. ⁵⁷ El nuevo ministro de Guerra, el general Luque, anunció que los liberales deseaban acabar cuanto antes con la campaña africana. Renegando de la política maurista, optaron por anunciar el 1 de noviembre de 1909 un decreto que concedía un crédito extraordinario, de 68 millones de pesetas, al nuevo gobierno. ⁵⁸

Las negociaciones de paz, sin embargo, se prolongaron mucho porque la política de dilaciones caracterizaba la estrategia diplomática de los sultanes. Hasta septiembre de 1910, encabezando ya el gobierno José Canalejas, no se trasladó a Madrid El Mokri, representante del sultán Hafid. Este rechazaba el pago de una indemnización de guerra y exigía la evacuación española de todas las posiciones ocupadas. ⁵⁹ *El Socialista*

⁵⁴ “En defensa de la ley. Manifestaciones de Sánchez de Toca. Documento importantísimo”, *El Imparcial*, 24 de septiembre de 1909.

⁵⁵ “Inconsecuencia”, *El Socialista*, 15 de octubre de 1909.

⁵⁶ Morgan C. HALL: *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal*, Madrid, Alianza, 2005, p. 116.

⁵⁷ Gabriel CARDONA: *Alfonso XIII, el rey de espadas*, Barcelona, Planeta, 2010, p. 94.

⁵⁸ Antonio ATIENZA PEÑARROCHA: *Africanistas y junteros. El ejército español en África y el oficial José Enrique Varela*, Tesis doctoral inédita, Universidad San Pablo-CEU, 2012, p. 115.

⁵⁹ Fernando CABALLERO ECHEVARRÍA: *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): Análisis de factores que confluyen en un desastre militar*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2014, p. 245-249.

llegó, de hecho, a temer una continuación de los combates.⁶⁰ Recientemente fundado y con profundas convicciones católicas, *El Debate*, en cambio, apuntó hacia tejemanejes franceses.⁶¹ *La Vanguardia*, una vez más, exhibió su entusiasmo.⁶² De modo similar se condujo *El Imparcial*, sin escatimar halagos hacia Canalejas.⁶³ Al final, la satisfacción llegó incluso a *El Socialista* porque veía como se alejaba el fantasma de otra conflagración y porque, a su juicio, se había demostrado la fortaleza de la opinión pública.⁶⁴ Todos, en resumen, deseaban capitalizar lo que consideraban el triunfo. Curiosamente, tan solo *ABC* evitó formular opiniones triunfalistas: los liberales ocupaban el gobierno. La oposición al servicio militar, el antimilitarismo, y el temor al déficit sirvieron como elementos aglutinadores del descontento. Ahora bien, de una crítica circunstancial no se transitó hacia el anticolonialismo. De hecho, consignas célebres, como el tan esgrimido “O todos o ninguno” de *El Socialista*, no suponían una crítica al africanismo, sino a la injusta distribución de obligaciones a la hora de resucitar el añorado imperio.⁶⁵

A modo de síntesis, subráyese que los negocios periodísticos tendieron a simplificar las informaciones sobre la contienda. La reiteración fue una de sus técnicas de propaganda predilecta. Su fijación con algunos temas –por ejemplo, el heroísmo del cabo Noval, el salvajismo rifeño, las suscripciones, los combates épico o la connivencia con la censura– y la marginación de otras cuestiones –los negocios mineros, el déficit hacendístico o el drama familiar que implicaba la llamada a filas– supusieron una notable manipulación de la realidad. De paso, lograron desviar el debate público hacia los aspectos menos técnicos del conflicto. Con demasiada frecuencia, por otro lado, se olvidaron las repercusiones internacionales de la política marroquí. Sorprende que, mientras duró la pelea, primaron las maquinaciones a propósito de las intenciones galas en Marruecos más que la crítica hacia sus movimientos efectivos en el terreno. Quizás, porque al final España estaba comportándose como los franceses.⁶⁶

⁶⁰ “Hay que oponerse”, *El Socialista*, 7 de octubre de 1910.

⁶¹ “Mirando a Marruecos”, *El Debate*, 13 de octubre de 1910.

⁶² Emilio SÁNCHEZ PASTOR: “La vida política”, *La Vanguardia*, 20 de noviembre de 1910.

⁶³ “Lo hecho y lo esperado”, *El Imparcial*, 18 de noviembre de 1910.

⁶⁴ “El convenio con Marruecos”, *El Socialista*, 25 de noviembre de 1910.

⁶⁵ Antonio MORENO JUSTE: “*El Socialista* y el Desastre de Annual: opinión y actitud socialista ante la derrota”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12 (1990), pp. 103-132.

⁶⁶ A pesar de tratarse de una investigación de carácter local, tales afirmaciones se hallan en María GAJATE BAJO: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*, IUGM, Madrid, 2012.

Agadir, la efímera campaña del Kert y la parálisis de la Primera Guerra Mundial

Una vez firmado el acuerdo de paz, Marruecos no dejaría de constituir una preocupación para los hombres de la Restauración. Cuando en mayo de 1911 se confirmó la llegada del comandante Bremond a Fez, el general Alfau, máximo responsable en el gobierno de Ceuta, respondió con la toma de algunas posiciones próximas a esta plaza. *El Socialista* ya advertía de que ello serviría como pretexto para el inicio de una guerra de conquista.⁶⁷ Desde hacía meses, buena parte de la prensa nacional recelaba de la agresividad parisina y presionaba para que las tropas españolas no fueran a la zaga. Así, *El Debate* convirtió a Canalejas en el blanco de sus ataques, incapaz de detener el imbatible espíritu conquistador galo: «Parece que a los españoles les falta apetito [...] Triste hartura la de nuestra patria, cuando sus hijos tienen que venderse como esclavos para labrar en Argelia».⁶⁸ El mismo periódico aseguraba que toda la táctica de Francia consistía en adelantar los acontecimientos mientras que al ejército español le faltaban palabras de aliento.⁶⁹ Recordemos que el ejecutivo conservador dispuso del respaldo ideológico del integrismo en 1909, pero esta situación no se repetía ahora con los liberales. Además, a la crisis diplomática en ciernes, se le sumó otro elemento: las protestas de la Conjunción Republicano-Socialista que recorrieron la geografía peninsular. Salieron a la calle en Madrid, el 7 de agosto; en Barcelona, un días después; en Santander, el 20 de agosto, etc.⁷⁰

Los alemanes, terceros en discordia, pusieron el grito en el cielo al presenciar cómo franceses y españoles iban tomando posiciones en el Sultanato. Canalejas era plenamente consciente de que el establecimiento de un protectorado francés se aproximaba y, para evitarlo, para garantizar la pervivencia de la zona de influencia española, trazada en el Tratado de 1904, entendió que debía garantizar el control policial sobre el triángulo formado por Tetuán-Tánger-Larache.⁷¹ De aquí, los avances militares. Su siguiente paso fue la intervención armada en Larache y Alcazarquivir, como de costumbre, bajo la consabida coletilla de sencilla “operación de policía”. Nunca como una medida revanchista. La misma explicación era compartida, en esta ocasión, por *ABC* y la prensa del Trust.⁷² Mientras, *El Socialista* protestaba ante la inconsecuencia

⁶⁷ “La conquista de Marruecos”, *El Socialista*, 5 de mayo de 1911.

⁶⁸ “Conducta maquiavélica de Francia”, *El Debate*, 29 de marzo de 1911.

⁶⁹ “Nosotros debemos hacer lo que nos corresponde sin esperar a que Francia se adelante”, *El Debate*, 11 de abril de 1911.

⁷⁰ Andrée BACHOUD: op. cit., pp. 170-172.

⁷¹ Miguel Ángel GARCÍA DE JUAN: “Los intelectuales españoles ante los acontecimientos de Marruecos en 1911”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017), pp. 213-241.

⁷² “Los asuntos de Marruecos. Nuestra conducta con Francia”, *ABC*, 13 de junio de 1911; “El desacuerdo franco-español”, *El Imparcial*, 11 de junio de 1911.

gubernamental porque «hace dos años combatieron al señor Maura [...] sin haber variado esencialmente los términos del problema».⁷³ La ausencia de unas directrices claras y los continuos palos en las ruedas entre partidos turnistas estaban agravando la cuestión marroquí.

Alemania, por su parte, no quiso permanecer impertérrita y se plantó con un cañonero en el puerto atlántico de Agadir. El ejecutivo francés estaba, a la vista de este incidente, convencido de la existencia de un acuerdo secreto entre Berlín y Madrid, así que contraatacó el 8 de junio, fecha de la ocupación de Larache, con la toma de Mequínez. No obstante, lo que Alemania temía era una acción conjunta hispano-francesa. El envío del Panther, el 1 de julio de 1911, se justificaba por esta sospecha: de nuevo, como hiciera años atrás en Tánger, Guillermo II estaba protagonizando un golpe de efecto ante la colérica mirada de sus vecinos. En este enmarañado contexto, *La Vanguardia* anticipaba que España, el sujeto más débil de la ecuación tendría que ceder.⁷⁴

En efecto, en 1912 España vería nuevamente recortado el territorio que se le asignaba en Marruecos, después de firmarse el acuerdo de protectorado. Mientras que el pesimismo cobraba fuerza en *El Socialista* y llegaría a hablar de “carga onerosísima”,⁷⁵ *ABC* quiso destacar como aspecto positivo la beneficiosa autonomía de jurisdicciones.⁷⁶ *El Imparcial* eligió igualmente el comedimiento.⁷⁷ *El Debate*, por último, si bien contempló satisfecho cómo España confirmaba algunos derechos en el Sultanato, no supo silenciar su sentimiento germanófilo.⁷⁸ Por supuesto, nada le agradaban los recortes territoriales experimentados.⁷⁹

Además del triángulo de posiciones citado, en 1911, cuando los franceses se adueñaron de Fez, el presidente Canalejas también decidió ampliar su zona de influencia hasta la orilla del río Kert para, así, garantizar la seguridad en las minas de Beni-bu-Ifrur. Aunque circunvalar el Gurugú y apropiarse de sus accesos pareció sencillo, en un comienzo, el rebelde El Mizzian consiguió exaltar los ánimos en la zona y prolongar de este modo las operaciones.⁸⁰ *ABC* se cebó con esta excesiva duración de las hostilidades como mecanismo de desgaste del gobierno,⁸¹ aunque fue *El Socialista*

⁷³ “La prensa y la guerra”, *El Socialista*, 16 de junio de 1911.

⁷⁴ A.: “Revista extranjera”, *La Vanguardia*, 13 de octubre de 1911.

⁷⁵ “Perdiendo el tiempo”, *El Socialista*, 6 de septiembre de 1912; “El tratado con Francia”, *El Socialista*, 20 de diciembre de 1912.

⁷⁶ “El reparto de Marruecos. Texto del tratado franco-español”, *ABC*, 1 de diciembre de 1912.

⁷⁷ “Francia y España en Marruecos. La firma del tratado”, *El Imparcial*, 28 de noviembre de 1912.

⁷⁸ “La acción española en Marruecos”, *El Debate*, 29 de noviembre de 1912.

⁷⁹ Andrés de MONTALVO: “El tratado franco-español”, *El Debate*, 13 de diciembre de 1912.

⁸⁰ Federico VILLALOBOS: *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*, Barcelona, Ariel, 2004, pp. 179-189.

⁸¹ “Las operaciones en el Kert. Plan de avance”, *ABC*, 11 de octubre de 1911.

quien encabezó las protestas contra la guerra, de paso que reivindicó la derogación de la Ley de Jurisdicciones.⁸² Su voz, desafortunadamente, se vería acallada por la larga suspensión de garantías constitucionales, entre octubre de este año y enero de 1912. Cuando retomase la campaña contra la penetración armada, lo haría con menor ímpetu.⁸³ Eso sí, la ocupación de Tetuán, que serviría como sede de la Alta Comisaría, fue acogida con indiferencia en las páginas del periódico obrero.⁸⁴ Sí celebraron la noticia, y mucho, *El Debate*, *ABC* y, muy curiosamente, *El Imparcial*.⁸⁵

Un año después, en 1914, la Gran Guerra sirvió para exacerbar varias crisis latentes en España. Ensanchó la brecha entre ciudad y campo, entre industria y agricultura; entre obreros y patronos. La creciente conflictividad ambiental no haría sino favorecer el empoderamiento militar. Su fuerza quedó demostrada ante el ejecutivo de Eduardo Dato, coincidiendo con el desarrollo del conflicto de las Juntas de Defensa. No obstante, el régimen liberal de Alfonso XIII consiguió sobrevivir al verano revolucionario de 1917.⁸⁶ Durante esta conflagración, Marruecos desapareció del foco mediático, salvo en momentos puntuales. Dejó de constituir el centro neurálgico de la información internacional, aunque allí siguieron ubicándose casi todas las esperanzas de la política exterior patria, al margen de las utópicas reivindicaciones conservadoras sobre Portugal y el Peñón.⁸⁷ En paralelo, el conflicto marroquí se fue enquistando poco a poco y alimentó dos debates entre la opinión pública; debates del todo indisociables de la historia de las campañas.

El primero fue el referido a las alianzas internacionales, tema muy sensible para la opinión conservadora. Así, *El Debate*, convencido de la victoria germana y partidario de la neutralidad estricta para recuperar Gibraltar, se dedicó reiteradamente a desprestigiar la labor diplomática en este periodo. Al contrario, *El Socialista*, en abundantes editoriales, señaló al militarismo alemán como responsable de la guerra.⁸⁸ Por su parte, el segundo dilema versó sobre la conveniencia de un régimen militar o civil para la zona asignada a España y se recrudeció, especialmente, en los momentos en que se debía plantar cara a El Raisuni. Cuando el jerife atacaba destacamentos españoles, la prensa respondía, casi al unísono, solicitando una contraofensiva. Por contraste, cuan-

⁸² “1º de mayo de 1911”, *El Socialista*, 21 de abril de 1911.

⁸³ “La Conjunción y la guerra”, *El Socialista*, 5 de enero de 1912.

⁸⁴ “La cuestión de Marruecos”, *El Socialista*, 28 de febrero de 1913.

⁸⁵ “La bandera española ondea en Tetuán”, *El Debate*, 20 de febrero de 1913; “Fecha histórica. La ocupación de Tetuán”, *ABC*, 20 de febrero de 1913; “Misión de paz”, *El Imparcial*, 21 de febrero de 1913.

⁸⁶ Francisco J. ROMERO SALVADÓ: *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Madrid, Crítica, 2002. Sobre la cuestión juntera, Ana Isabel ALONSO: *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

⁸⁷ Pablo LA PORTE: “La espiral irresistible. La Gran Guerra y el protectorado español en Marruecos”, *Hispania Nova*, 15 (2017), pp. 500-526.

⁸⁸ “Formas de neutralidad”, *El Socialista*, 12 de septiembre de 1914; “La causa aliada”, *El Socialista*, 12 de enero de 1917.

do imperaba el diálogo, Marruecos perdía su carácter noticiable. No obstante, la tensión diplomática y militar subsistía aunque la ciudadanía no estuviese al tanto. Por cierto, ella también era muy propensa a desentenderse de las cuestiones internacionales tan enrevesadas.

La indefinición estratégica y la irritación que generaba la sangría marroquí, con todo, fueron dando paso a una fortalecida oposición. Se transitaba del rechazo individual al colectivo: los jóvenes eludían el servicio militar, los anuncios de agencias de desertión se multiplicaban en los periódicos, las protestas socialistas se intensificaban...⁸⁹ La recogida de firmas contra la guerra en 1914, por ejemplo, alcanzó bastante éxito.⁹⁰ El integrismo, en cambio, seguiría duramente apostando por una guerra rápida y feroz, mientras que el maurismo perseveraría en la idea de Marruecos como garante de la independencia nacional. Los gobiernos, por su parte, enviaban disimuladamente refuerzos a África, soñando con Tánger y procurando una paz con El Raisuni.⁹¹ Delegaban nuevamente su obligación de persuadir a la opinión sobre la conveniencia de resistir en el Sultanato.

El Desastre de Annual (1921)

El fin de la Gran Guerra casi coincidió con la llegada de Dámaso Berenguer a la Alta Comisaría de Marruecos (19 de enero de 1919) y con la conformación de un nuevo gobierno liberal. Culto, agudo y discreto, Berenguer no supo contener las embestidas del general Silvestre, al mando de la Comandancia de Melilla. A principios de 1921 y gracias a sus rápidos avances, las tropas se hallaban a las puertas de las cábilas de Tensaman y Beni Urriaguel, las más belicosas de la región. El 1 de junio, sin previa notificación, Silvestre ocupó la posición de Abarrán.⁹² Y se desató la tormenta. Además de su significación religiosa, los contactos políticos con este enclave habían sido mínimos. Oficialmente, se presentó el movimiento bajo la empachosa fórmula de la “operación de policía”, pero el contraataque no se hizo esperar. El mismo día, el puesto debió abandonarse. En la península, pocas voces advirtieron lo sucedido. Excepcionalmente, Manuel Cordero, desde *El Socialista* recordaba con nostalgia las protestas de 1909, porque «ahora, como si no hubiera ocurrido nada. Total, unos muertos más y aquí paz

⁸⁹ Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Ediciones Península, 2002, pp.415-435 (existe otra edición de 2018).

⁹⁰ Andrée BACHOUD: op. cit., p. 210-212.

⁹¹ Carlos TESSAINER: *El Raisuni, aliado y enemigo de España*, Málaga, Algazara, 1998.

⁹² Juan A. GÓMEZ MARTÍNEZ: “La actuación del general Fernández Silvestre al mando de la Comandancia General de Melilla y su responsabilidad en el Desastre de Annual”, *Aportes*, 71, XXIV (2009), pp. 50-107.

y allí gloria». ⁹³ A la misma conclusión, de desánimo y falta de atmósfera bélica, llegó “Armando Guerra” en *El Debate*. ⁹⁴

Siguió un mes de tensión, la caída de Igueriben, el cruce desquiciante de telegramas entre altos mandos, etc. hasta la derrota en Annual. ⁹⁵ Un hartazgo crónico se percibía en las páginas de *El Liberal*. ⁹⁶ Reacciones similares compartieron *Heraldo* y *El Imparcial* al denunciar la esterilidad de toda la política africana. ⁹⁷ El ejecutivo de Allendesalazar estaba en el foco de todas las miradas. Pero, ¿bastaría un cambio de gabinete para enmendar el problema? Eso se quiso creer y, efectivamente, el regreso de Antonio Maura a la presidencia del gobierno infundió calma al país, si atendemos a testimonios de la época. ⁹⁸

Mientras tanto, el general Picasso emprendía una instrucción para la depuración de responsabilidades en la que pocos confiaban. ⁹⁹ Berenguer, en tan delicada coyuntura, aceptó mantenerse en el puesto de Alto Comisario solo a condición de que se le concediese inmunidad en las pesquisas. La obtuvo, aunque el asunto traería cola. Por el momento, *La Época*, en un empeño desesperado, había procurado restar hierro al conflicto, tratándolo como un incidente aislado, ¹⁰⁰ *El Sol*, algo más incisivo, se sorprendía al comprobar el dominio cabileño de las tácticas de combate europeas. ¹⁰¹ Asimismo, *La Vanguardia* intentaba adivinar la procedencia del armamento, sembrando la duda de la colaboración francesa. ¹⁰² *El Debate*, por su parte, denunciaba el error que suponía dejar a la retaguardia armada. ¹⁰³

La implantación de la censura, y los vaivenes en su funcionamiento, no gustaron entre la opinión conservadora, seguramente, porque se percibió como un castigo innecesario. ¹⁰⁴ *El Socialista* ya había denunciado el silencio gubernamental incluso antes de la implantación formal y se sorprendía al conocer la interrupción de las vacacio-

⁹³ Manuel CORDERO: “Marruecos, sepultura de España”, *El Socialista*, 11 de junio de 1921.

⁹⁴ “Armando Guerra”: “Una traición de la harca amiga”, *El Debate*, 7 de junio de 1921.

⁹⁵ Julio ALBI DE LA CUESTA: *En torno a Annual*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2016.

⁹⁶ “Esas noticias de Marruecos”, *El Liberal*, 24 de julio de 1921.

⁹⁷ “Ni pusilanidad ni locuras”, *Heraldo de Madrid*, 25 de julio de 1921; “La columna del comandante general de Melilla a punto de ser copada por los moros”, *El Imparcial*, 25 de julio de 1921.

⁹⁸ Víctor RUIZ ALBÉNIZ: *Las responsabilidades del desastre. Ecce Homo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1922, p. 437.

⁹⁹ “La guerra en Marruecos. Ayer no hubo noticias de los defensores de Monte Arruit”, *El Imparcial*, 6 de agosto de 1921.

¹⁰⁰ “Ataque de los moros a Annual e Igueriben”, *La Época*, 23 de julio de 1921.

¹⁰¹ “De toda España salen tropas para Melilla”, *El Sol*, 25 de julio de 1921.

¹⁰² “El episodio de Melilla”, *La Vanguardia*, 28 de julio de 1921.

¹⁰³ “Nuestra actuación en África”, *El Debate*, 23 de julio de 1921.

¹⁰⁴ Emilio SÁNCHEZ PASTOR: “Patriotismo y responsabilidad”, *La Vanguardia*, 28 de julio de 1921; Ramiro de MAEZTU: “El silencio es lo peor”, *El Sol*, 23 de septiembre de 1921.

nes regias.¹⁰⁵ Este semanario llevaba años enarbolando la bandera del abandono,¹⁰⁶ y desde los sucesos de Abarrán, había intensificado su discurso antimilitarista.¹⁰⁷

El descontento se impuso en enero: recuperada Dar Drius, al ejecutivo le tocaba reflexionar sobre las futuras operaciones. Maura era partidario de una ocupación parcial del territorio, asunto que disgustaba a los africanistas. Tampoco *El Socialista* y *ABC* aprobaban esta opción.¹⁰⁸ Además, el ministro de Estado, González Hontoria, opinaba que era preferible el aislamiento del Rif central con respecto a Yebala y al territorio de la Comandancia de Melilla. Las discrepancias condujeron a la crisis y el país, al fin, comenzó a desperezarse. Sin ocupar primeras planas, *El Sol* y *La Vanguardia* habían situado a las Juntas de Defensa en el punto de mira.¹⁰⁹ Incluso el siempre disconforme periódico obrero había cargado contra ellas,¹¹⁰ al igual que *El Imparcial*, que subrayaba lo inoportuno de suprimir los ascensos por méritos de guerra cuando la situación requería de heroísmo.¹¹¹

Coincidiendo con el primer aniversario del Desastre, ya buena parte de la ciudadanía consideraba nefasta la gestión del problema marroquí. Y no sólo la oficialidad juntera ocupaba el banquillo de los culpables, sino que la desconfianza hacia el ejecutivo iba en aumento. Argumentaba entonces *El Socialista*:

Hoy, después de la eficaz propaganda realizada por [...] Indalecio Prieto, Unamuno, Alomar y otros tantos, el pueblo español ha llegado a sentir en sus entrañas ese eterno latigazo de inquietud espiritual, precursor de los grandes cataclismos revolucionarios.¹¹²

Los pensamientos más pesimistas sobre el futuro del Protectorado iban, pues, cobrando pujanza: durante las primeras semanas de aturdimiento, la campaña patriótica del gobierno Maura había despertado la simpatía de casi todas las ciudades espa-

¹⁰⁵ “La columna de Fernández Silvestre, copada”, *El Socialista*, 23 de julio de 1921.

¹⁰⁶ Pablo IGLESIAS: “La Corona y los gobernantes”, *El Socialista*, 20 de marzo de 1919.

¹⁰⁷ Manuel Cordero: “Marruecos, sepultura de España”, *El Socialista*, 11 de junio de 1921; “Magnitud del desastre de Marruecos. El gobierno no dice la verdad al pueblo”, *El Socialista*, 25 de julio de 1921.

¹⁰⁸ Manuel CORDERO: “Notas inocentes”, *El Socialista*, 8 de febrero de 1922; “Conferencia del gobierno con el comisario superior”, *ABC*, 6 de febrero de 1922.

¹⁰⁹ “Ser funestísimo para España”, *El Sol*, 2 de septiembre de 1921; Emilio SÁNCHEZ PASTOR: “Esperanzas optimistas”, *La Vanguardia*, 12 de enero de 1922.

¹¹⁰ Indalecio PRIETO: “Un avance de crítica”, *El Socialista*, 23 de agosto de 1921.

¹¹¹ “La guerra en Marruecos. Ayer no hubo noticias de los defensores de Monte Arruit”, *El Imparcial*, 6 de agosto de 1921.

¹¹² “Lo que debe el país a los socialistas”, *El Socialista*, 2 de julio de 1922.

ñolas.¹¹³ El político mallorquín había aprendido las lecciones de 1909 y supo sacar partido de las circunstancias, con una opinión pendiente de la suerte de los resistentes de Monte Arruit. La movilización de refuerzos, en aquellas tristes jornadas, pudo efectuarse sin protestas; y, además, no afectó a los reservistas. Por otro lado, la prensa de izquierdas mostró una nula capacidad de respuesta ante el extraño escalofrío que sacudió al país.¹¹⁴

Después de la estupefacción y el paroxismo, tras la masacre de Monte Arruit, el deseo de venganza había alimentado a la opinión pública. La tradicional aversión a la guerra no desapareció, pero se impuso una respuesta instintiva y los periodistas apenas tuvieron que esforzarse para convencer a la opinión de la necesidad de contraatacar. El traumático abandono de Monte Arruit se justificó y buena parte de la prensa también contemporizó con el proceder de Berenguer. *El Sol* argumentó que el rescate de Navarro se presentaba como impracticable ante la falta de medios.¹¹⁵ Idénticos fueron los planteamientos de *La Vanguardia* y *El Debate*, seguros de que se podía perder más de lo que se aspiraba a ganar.¹¹⁶ Obviamente, sabían que, llegado el momento, la omisión de auxilio a esta posición sería el asunto más turbio del mandato de Berenguer. Y, en efecto, un año después, *El Imparcial* no vaciló al reconocer como «notorio e indiscutible el fracaso del caudillo».¹¹⁷

Las responsabilidades, ahora sí, había que esclarecerlas. Sobre el expediente Picasso y los debates parlamentarios que analizaron las causas de la derrota, los españoles siempre dispusieron de la frecuentes, pero breves, informaciones de la sección telegráfica de la prensa. Aquí se reseñaron las controversias generadas por el empleo de tropas indígenas; se describió el estado de desabastecimiento de muchos blocaos, etc. La opinión pública supo, de este modo, que en la línea avanzada de Melilla había casi 130 posiciones, defendidas con soldados inexpertos, mal armados y con enormes dificultades para abastecerse de agua. En diciembre de 1922, varias ciudades saldrían a la calle clamando la efectiva depuración de responsabilidades.¹¹⁸

Junto a este tema, la prolongada permanencia de los cuotas en el frente también empezó a desgastar a los ejecutivos. Incluso *El Debate*, y *El Sol* un tiempo des-

¹¹³ Ángel COMALADA: *España: El ocaso de un Parlamento, 1921-1923*, Barcelona, Ediciones Península, 1985, p. 15.

¹¹⁴ Pablo LA PORTE: *El Desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1997. pp. 232-233 y 279-287.

¹¹⁵ “Comentario de ayer”, *El Sol*, 12 de agosto de 1921.

¹¹⁶ “Los héroes de Monte Arruit”, *La Vanguardia*, 12 de agosto de 1921; Enrique ARQUÉS: “Lo que no pudo hacerse”, *El Debate*, 4 de septiembre de 1921.

¹¹⁷ “Dimisión del general Berenguer. Ya no volverá a Marruecos”, *El Imparcial*, 11 de julio de 1922.

¹¹⁸ María Rosa de MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2005.

pués,¹¹⁹ comenzaron a exigir su repatriación empleando una variante de la vieja consigna socialista “Ni una posición más, ni un hombre más, ni una peseta más”.¹²⁰ La cruel diferenciación entre el soldado de haber y el cuota, desde su implantación en 1912, había topado con la oposición del movimiento obrero. Lo novedoso ahora era que entre los sectores económicamente más pujantes, al sufrir en sus carnes las penalidades de la contienda, se entibiaba el deseo de venganza. A raíz de la llegada de Burguete a la Alta Comisaría y los rumores sobre la inminente implantación de un Protectorado civil, los padres de estos soldados intensificaron sus demandas y se vincularon a la Cruzada de Mujeres Españolas y a las multitudinarias manifestaciones, durante el verano de 1922, en varias provincias.¹²¹

Las dilatadas gestiones para el rescate de prisioneros, por último, también alimentaron el clima de creciente ansiedad. Sería el ministro Alba quien delegase, a inicios de 1923, en el empresario Horacio Echevarrieta las negociaciones para la liberación. El regreso de los supervivientes fue celebrado por *El Socialista* y *El Imparcial*.¹²² Pero más comedidos se mostraron *El Debate*¹²³ o *El Sol*, al sentenciar que «no es un hecho glorioso, pero ha sido cumplimiento de un deber»,¹²⁴ y sobre todo, *La Vanguardia*¹²⁵ y *ABC*.¹²⁶ A todos ellos les preocupaba que el dinero entregado a Abd-el-Krim pudiera emplearse en la compra de armas.

Conclusiones

A lo largo de las campañas hispano-marroquíes se aprecia la coexistencia de opiniones irreconciliables, pero también el vigor de ideas muy ampliamente compartidas porque la opinión pública era (y es) intrínsecamente escurridiza, aunque maleable; y puede ser un instrumento muy útil al servicio de la política exterior. Se sabía hace un siglo: no bastaba con lograr el éxito en el campo de batalla, sino que primero era necesario ganar la guerra sobre el papel. Sólo después del trágico año de 1921, la propaganda de guerra y, una cada vez más decidida contrapropaganda ayudaron a desperezar a la

¹¹⁹ “Preocupaciones para febrero”, *El Sol*, 1 de febrero de 1923.

¹²⁰ “¿Lección desaprovechada?”, *El Debate*, 19 de noviembre de 1922.

¹²¹ Ramiro de MAEZTU, “Las meditaciones de un manifestante”, *El Sol*, 12 de diciembre de 1922; Pablo IGLESIAS, “El Régimen y la opinión”, *El Socialista*, 21 de diciembre de 1922.

¹²² “Los patriotas piadosos”, *El Socialista*, 5 de febrero de 1923; “Ayer tarde recobraron la libertad los prisioneros de Axdir”, *El Imparcial*, 28 de enero de 1923.

¹²³ “Los prisioneros salen para Melilla”, *El Debate*, 28 de enero de 1923.

¹²⁴ “Después del rescate. Declaraciones de don Horacio Echevarrieta”, *El Sol*, 1 de febrero de 1923.

¹²⁵ “Después del rescate”, *La Vanguardia*, 1 de febrero de 1923.

¹²⁶ “Los 326 prisioneros que estaban en Axdir habrán llegado esta madrugada a Melilla”, *ABC*, 28 de enero de 1923.

opinión pública. El deseo de revancha, efectivamente, existió y fue prioritario durante algunos meses: mientras duró el asedio sobre Monte Arruit y hasta aproximadamente finales de año, cuando con ahínco se fomentó la emoción frente a la razón. Monarquía, gobierno, militares y pueblo secundaron a Berenguer. Las fuerzas políticas turnistas, excepcionalmente, se mostraron cohesionadas y la prensa, prudente. El discurso obrero apenas lograba eco en esos críticos meses, como ya tampoco lo lograba la perorata sobre el imperativo geográfico e histórico. La guerra se hacía con las tripas.

La Iglesia y corporaciones municipales, diríase, rivalizaron a la hora de agasajar a los combatientes. Aunque estos gestos, se cree, no tendrían por qué implicar un apoyo al desquite, sino que podrían entenderse como una manifestación del más primitivo sentimiento de compasión hacia el prójimo. Con todo, fue una respuesta efímera, un cerrar filas por desesperación. Las tesis abandonistas lograrían mucha resonancia a lo largo de 1922, agriándose el conflicto entre junteros y africanistas; y entre prensa y ciudadanía. La desolación, la amargura y el desengaño terminaron por convertirse en las notas más destacadas del clima de opinión (también la tensión catalana) y, finalmente, la dictadura se vislumbró como una solución de urgencia. A pesar de este triste desenlace, las intermitentes campañas marroquíes potenciaron la concienciación política de españoles y es este un fenómeno esencial para la comprensión del azaroso siglo XX.